

Steven Levitsky y Daniel Ziblatt.
2018. *Cómo mueren las democracias*.
México: Ariel

Miguel Ángel Gutiérrez Salazar (México)*

¿En qué medida las democracias en el mundo son vulnerables a los retrocesos autoritarios? ¿Cuáles son las características que identifican a un líder autoritario capaz de minar o mermar las reglas democráticas? ¿Qué medidas y estrategias pueden adoptarse para salvaguardar las reglas democráticas?

Estas y otras interrogantes son contestadas por Steven Levitsky y Daniel Ziblatt —profesores de la Universidad de Harvard y especialistas en estudios sobre democracia y autoritarismo— en su obra *Cómo mueren las democracias*.

Este libro ofrece un panorama claro y preciso para quienes desean conocer la forma en que los regímenes democráticos enfrentan graves periodos de crisis que conllevan su desaparición, o bien su debilidad paulatina hasta adquirir tintes autoritarios que inciden negativamente en la convivencia política de las sociedades.

La obra se conforma por una introducción y nueve capítulos, así como los correspondientes apartados de agradecimientos, notas e índice alfabético. Debido a su relevancia, a continuación se presentan algunas notas distintivas.

* Doctor en Derecho por el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. zelda600@hotmail.com.

En principio, los autores reflexionan en torno a los desafíos que enfrenta la democracia estadounidense a partir de las lecciones aprendidas de otras democracias en crisis.

En el desarrollo de las ideas preliminares, Levitsky y Ziblatt coinciden en que existen motivos para alarmarse debido al preocupante grado de afectación o merma de las normas democráticas en Estados Unidos de América; sin embargo, sostienen que tal problemática no es inevitable ni irreversible.

Como parte del contenido capitular, se ejemplifican las quiebras democráticas originadas por individuos de talante autoritario, como Adolf Hitler (Alemania), Benito Mussolini (Italia) y Hugo Chávez (Venezuela). En los tres casos existen grandes diferencias históricas, pero también similitudes asombrosas, sobre todo, debido a que ascendieron al poder porque los políticos de la clase dirigente pasaron por alto indicios o advertencias que hacían evidente el carácter autoritario de esos individuos y les entregaron el poder directamente, o bien les abrieron las puertas para alcanzarlo.

Pese a tales ejemplos, según los autores, no todas las democracias han caído en la trampa de abdicar de su responsabilidad política para identificar a líderes autoritarios que atentan o pueden atentar contra las reglas democráticas. De ahí la importancia de contar con partidos y figuras políticas con la entereza necesaria para —más allá de la afiliación o corriente de pensamiento— poner límites a quienes representen un riesgo potencial para las instituciones democráticas.

Sin embargo, a fin de mantener a raya a las personas autoritarias, es indispensable saber reconocerlas. Justo en ese punto se origina una de las principales propuestas de Levitsky y Ziblatt, quienes sugieren cuatro indicadores clave para reconocer un comportamiento autoritario:

- 1) El rechazo o la débil aceptación, ya sea de palabra o mediante acciones, de las reglas democráticas del juego.
- 2) La negación de la legitimidad de los adversarios políticos.

- 3) La tolerancia o el fomento de la violencia.
- 4) La predisposición a restringir las libertades civiles de la oposición, incluidos los medios de comunicación.

Ante la amenaza de políticos autoritarios, mantenerlos al margen del poder es más fácil de decir que de hacer; por ello, según los autores, la responsabilidad es mucho mayor para los partidos políticos y sus líderes, quienes deben formar un frente común y mostrar su voluntad de unirse a grupos que pueden ser ideológicamente distantes, pero corresponsables de salvaguardar el orden democrático.

Volviendo a la experiencia político-democrática estadounidense, Levitsky y Ziblatt hacen un recorrido histórico que destaca las razones por las cuales, hasta antes de las elecciones de 2016, ningún político de carácter autoritario asumió el poder presidencial.

Así, se destaca el papel de los partidos políticos para cribar a los candidatos con matices autoritarios y, aunque en sus inicios se reconoce que el sistema político estadounidense no era demasiado democrático, sino más bien restrictivo, lo cierto es que —a decir de los creadores de la obra— era funcional para dejar fuera del juego a los candidatos en extremo peligrosos para la democracia.

Ahora bien, a consideración de Levitsky y Ziblatt, en las elecciones presidenciales de 2016 de Estados Unidos de América los cimientos político-democráticos se encontraban debilitados, y aunque muchos factores contribuyeron al éxito electoral de Donald Trump, su acceso a la presidencia es, en buena medida, una historia de ineficacia de los filtros de protección de la democracia, ya que fallaron los sistemas de depuración política en tres momentos: las primarias invisibles (una especie de precampaña), las propias primarias y las elecciones generales.

Para los autores, con la excepción del expresidente Richard Nixon, ningún candidato presidencial de uno de los dos partidos principales reunió siquiera uno de los cuatro criterios que identifican un liderazgo autoritario.

En cambio, Donald Trump, desde su análisis, reúne todos los criterios clave antes mencionados respecto de un comportamiento autoritario.

En el libro, se reconoce que el debilitamiento de la democracia no necesariamente se da por una ruptura inmediata y definitiva, mediante golpes de Estado o crisis militares, sino que también existen otros medios más sutiles, insertos en ocasiones en las propias reglas democráticas que, manipulados por intereses políticos, pueden derivar hacia el autoritarismo, sin que la sociedad aprecie esos cambios de carácter gradual y revestidos con un tinte de legalidad.

Ejemplos de dichas conductas son la captura de los árbitros o instituciones electorales, la compra o amenaza de los opositores políticos y también la modificación de las reglas del juego electoral para lograr una ventaja decisiva frente a los adversarios. La ironía de estas circunstancias es que las democracias suelen morir con el argumento de su defensa o fortalecimiento, cuando en realidad es solo un pretexto para subvertirla.

A lo largo del libro se analiza si realmente es fácil borrar del mapa a las instituciones democráticas y si las salvaguardas constitucionales, por sí solas, son suficientes para proteger una democracia.

Al respecto, se argumenta que las barreras o pilares democráticos no son tan fáciles de derribar ya que no solo existen reglas escritas, sino, sobre todo, reglas tácitas que si bien en ocasiones pasan inadvertidas —como la tolerancia mutua y la contención política—, son clave para evitar, en gran medida, los ascensos autoritarios.

En ese orden de ideas, en las páginas de *Cómo mueren las democracias* se deja patente que los gobiernos autoritarios que se encuentran circunscritos —o, por llamarlo de alguna manera, acorralados— en los límites constitucionales de la democracia buscan la oportunidad para aumentar su predominio, y uno de los factores que históricamente lo posibilitan son las crisis de cualquier índole (política, económica, de seguridad o social), ya que les permiten dismantelar los mecanismos de control incómodos, ampliar su margen de maniobra y protegerse de sus supuestos enemigos.

En el caso estadounidense, los autores estiman que las tradiciones que apuntalan sus instituciones democráticas se están desmantelando y se abre un abismo desconcertante entre cómo funciona el sistema político y las expectativas de cómo debería hacerlo conforme a su funcionamiento histórico. Según se afirma, los dos partidos principales se encuentran divididos, hoy en día, por temas de raza y religión, ambos profundamente polarizados y en un ámbito de intolerancia y hostilidad.

La ofensiva creciente contra las normas de la tolerancia y la contención ha erosionado las defensas democráticas que durante décadas protegieron al sistema político de Estados Unidos de América. Principalmente, de acuerdo con lo plasmado en el texto, es mediante estrategias de captura, marginación y reforma electoral que, actualmente, se busca inclinar el campo electoral en contra de los adversarios políticos.

Para Levitsky y Ziblatt hay una profunda preocupación de que durante el gobierno de Donald Trump se aproveche cualquier crisis como una oportunidad para recortar las libertades que los estadounidenses dan por sentadas.

La tendencia actual de lo que para ellos representa una ruptura de las reglas democráticas que se ha dado en la sociedad estadounidense comprende casos muy concretos. Así, de acuerdo con el libro, se refieren ciertas acusaciones por nepotismo, conflicto de intereses e, incluso, alegaciones que ponen en tela de juicio la legitimidad de las elecciones, lo cual evidencia los constantes ataques a los valores democráticos de esa sociedad.

Pese a ello, según se analiza, existen motivos para confiar en el sostenimiento democrático de ese país. Una prueba es el contexto político global que permite observar que por cada regresión autoritaria en el mundo, la inmensa mayoría de las democracias —desde Argentina, Brasil, Chile y Perú, pasando por Grecia, España, la República Checa y Rumania, hasta Ghana, India, Corea del Sur y Sudáfrica— permanecen intactas.

Además, para los autores, las claves del sostenimiento democrático estadounidense pasan no tanto por la confrontación partidista frontal, sino, más bien, por la oposición firme pero destinada a preservar, en lugar

de vulnerar, las reglas y normas democráticas, así como aquellas pautas no escritas que permiten la convivencia política.

Según se propone en el texto, la oposición política estadounidense debe centrarse no en el choque con quien ostenta el poder presidencial y lo ejerce de forma autoritaria, sino en los factores que pueden incidir en el control de dicho poder, como el Congreso, los tribunales y, por supuesto, los procesos electorales.

Para Levitsky y Ziblatt, si bien no existe una solución predeterminada y única contra las tendencias al autoritarismo —incluido el estadounidense—, sí es posible prevenirlo, identificarlo y combatirlo. Esto último, mediante el diseño de políticas universalistas que aborden las desigualdades socioeconómicas y que vayan más allá de los temas que conducen a la polarización y el estancamiento institucional.

Lo anterior, no solo como un factor que permita la justicia social, sino, sobre todo, que abone a la salud de las democracias. Al final, como sostienen los autores, la democracia la hacen los ciudadanos, es un asunto compartido y su destino depende de la sociedad en su conjunto.

Para concluir, es oportuno afirmar que *Cómo mueren las democracias* constituye un texto de gran actualidad e importancia, redactado de una manera clara y muy didáctica, con propuestas puntuales desde la experiencia académica de los autores.

Todo esto, según parece, permitirá que quienes se adentren en su lectura hagan un recorrido histórico global muy ilustrativo que les facilitará el entendimiento de los procesos democráticos, sus principales riesgos ante las tendencias autoritarias y las medidas que comparativamente se han diseñado y adoptado para hacerles frente y consolidar la democracia en el mundo.